



CAPÍTULO XII

Paso del Norte

I

PEPE regresó á Chihuahua por los fines de Julio, y su primer providencia fué dar cuenta á Juárez de lo que había oído y averiguado en su viaje.

— ¿Qué nos importa? No ha de ser lo único que nos acontezca, y ya tenemos ejemplo de lo que suelen hacer los franceses para vencer á sus enemigos. ¡Cómo ha de ser! — Y se sumergió en un abismo de reflexiones que vió pasar en lúgubre cortejo con el humo del cigarrillo que tenía en la boca.

En Agosto se tuvo noticia cierta de que avanzaban los franceses con buen golpe de tropas, y la resolución del gobierno consistió en emigrar en dirección de la frontera.

— Donde estemos estará la patria, dijo don Benito; vamos á cualquier parte, que tiempo hay de volver des-

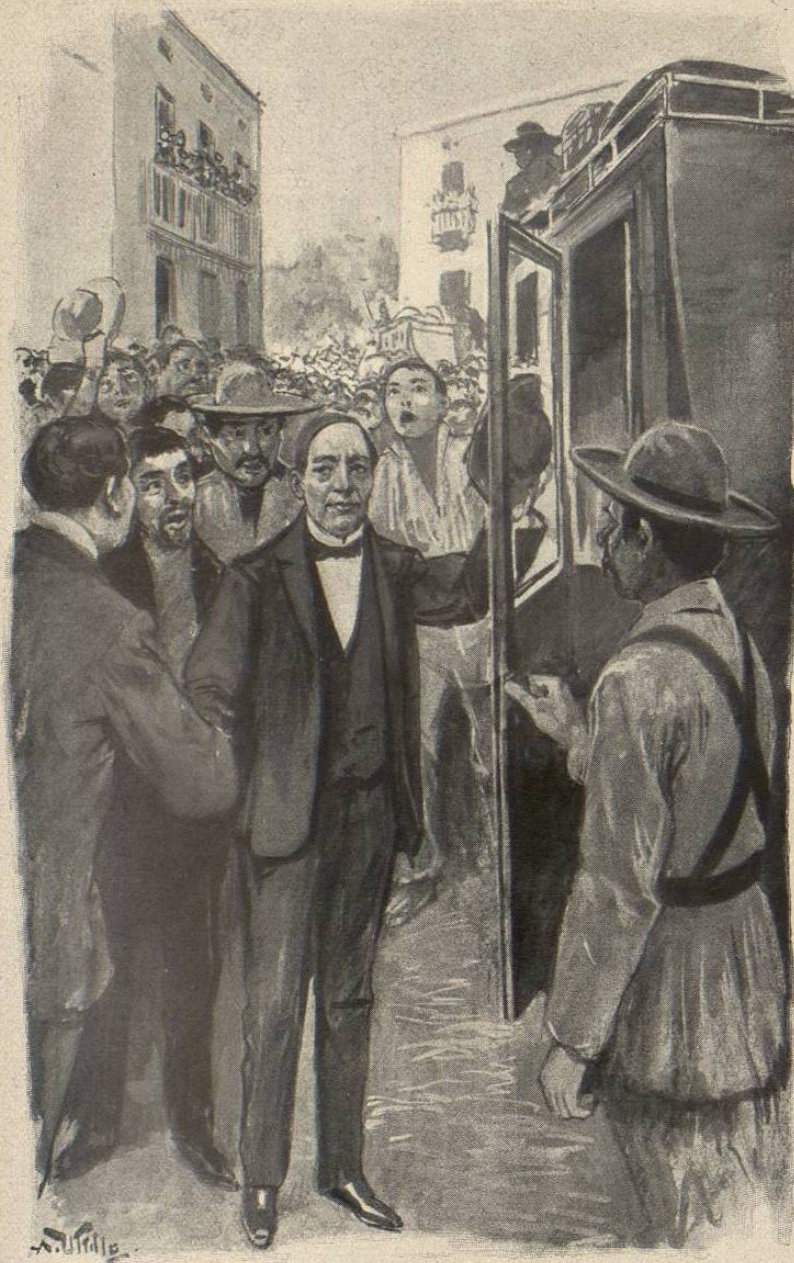
pués... Adelante y cumplamos con nuestra obligación. ¡Adelante!

El día cinco de Julio, martes, á las nueve de la mañana, salió Juárez camino del Norte, y su salida representó para el pueblo de Chihuahua una calamidad pública. Con ojos torvos y anhelantes contempló la retirada de aquellos sujetos que, á pesar de su pobreza, de su desamparo y de su desgracia, simbolizaban el derecho y la justicia, mientras las familias principales del lugar acompañaban con lamentos la salida de los emigrados.

Era en el rigor del verano, de un verano excepcionalmente seco y triste, de un verano que había secado toda vegetación desde los alrededores de Chihuahua, sin necesidad de pasar al desierto.

La fracción de Monterrey á Chihuahua era imponente; mas no como aquella que se abría desde el Sauz, que fué la primer jornada en camino para el Paso.

El sol reverberaba desde muy temprano, con una furia vengativa que ponía miedo en los corazones. El suelo, desnudo, árido, sombrío, falto de todo cultivo y de toda vegetación, parecía una inmensa lámina de acero bruñido que reflejaba el calor de la inmutable lámina de turquesa que se extendía en lo alto sin límite, sin división, sin medida, hasta venir á converger en una lontananza en que se confundían el polvo en que se arrebujaba el desierto y el azul del cielo, que semejava una radiación



—... á las nueve de la mañana, salió Juárez camino del Norte...

de gloria en que se sumergiera un demiurgo joven y potente. La planicie enorme estaba formada de una caliza blanca que hacía mal á los ojos, y surcada de vetas amarillas que hacían creer en una vegetación subterránea que extendiera sus ramazones hasta el exterior. Ni un átomo de hierba verde, ni un árbol que alegrara el paisaje, ni un ave que se quejara entre la umbría, ni un insecto que chirriara anunciando la vida — la vida que, inferior y pobre y rudimentaria, al fin es la vida, es decir, el movimiento, la fuerza y la existencia — ni un hombre, ni un caminante que se aventurara siquiera fuese buscando salvajes á quien vender el tabaco y el alcohol con que les obsequiaba la civilización.

El único habitante del desierto, el único que podía soportar sus rigores, el único que aventuraba su vida medrosa y triste en aquellos páramos inclementes era la gobernadora, la horrible planta parásita que parecía una lepra del terreno. Pelona, triste, con sus ramillos tendidos al aire, tenía el aspecto de púas listas para pinchar al transeunte osado que fuera á buscarla en sus dominios.

Los jefes de la expedición no hacían caso de la planta, pero el Administrador de Correos les llamó la atención sobre ella.

— Mira, Pepe, dijo, dirigiéndose á Iglesias, mira qué horrible cosa nos sale al paso.

— Es la gobernadora, Guillermo, es la planta que nos acompaña desde San Luis y mucho antes de llegar allá.

— No lo creas, Pepe mío, no lo creas, hijo de mi alma, no hay tal, no hay tal acompañamiento: esta es una planta nueva, una horrible condensación de este desierto traicionero y tremendo que se emplea en acecharnos por ver si nos puede engullir. La gobernadora no brota de la tierra; es la tierra misma. Sale capciosa, hostil, oculta, misteriosa, como si fuera una innúmera legión de arañas que mostrara al aire sus patas colosales armadas de garfios que se prenden á las ropas y las desgarran. Parece el alma del polvillo sutil que llena esta soledad, de su aire de muerte, de su horrible calma que asesina... Y si no, dime ¿qué parentesco, aunque sea remoto y traído por los cabellos, puede haber entre estas raíces destituidas de savia, y la copa cantante de los pinos, que al amanecer parece una flauta rumorosa que entona la endecha de la luz bienhechora y del ganado balador y tranquilo; entre estos ramillos escuetos y los frondosos camichines, las parotas majestuosas, los robles generosos y los sabinos copados que dan sombra al pasajero, al ave nido y frescor al paisaje; con los álamos y los sauces que suelen bañar sus pies en el río, mientras hacen brillar al viento los plateados estandartes de su follaje movedizo y alegre?... Capaz eres de hacerme creer que yo, rey de la creación, animado por sentimientos, ideas y sensaciones,

tengo algo que ver con la babosa pegada á la roca, pero nunca, á pesar de toda tu ciencia, me convencerás de que pertenece al reino vegetal este desecho de la naturaleza que sirve sólo para hacer más tétrico el paisaje...

Rió Iglesias de las exageraciones de Guillermo y le señaló una cañadilla que comunicaba dos porciones de la landa estéril, que ascendía como si fuera un escalón del terreno que acababan de pasar. La llanura arenosa brillaba con puntitos de diamantes pasados por cien mil tamices, pareciendo de plata líquida y fundida al contacto de aquel sol de fuego. Más lejos se extendía el horrible desierto, de tono desolador, gris, monótono, tristísimo: gris el polvo, gris el suelo de donde salía, gris la hierba que parecía tener encima la pátina de cien años de vientos huracanados y terribles, gris el sol que al refractarse en la pupila hería los ojos con tonos grises, pero ardientes, voraces, capaces de causar oftalmías hasta al ojo de la divina Providencia...

Salían de la zona del polvo y repentinamente pasaban á la del calor tremendo, seco, atormentador, sin que le mitigaran ni el aspecto de la verdura distante, ni el de las montañas azules en que suele pastar el ganado y mitigar sus ardores el sol vengativo y adverso. Y cuando las montañas aparecían eran tan vagas, tan esfumadas, tan lejanas, que semejaban el primer escalón para ascender á

aquel cielo inmutable que parecía una lápida de granito tendida sobre la tierra.

Sólo de cuando en cuando se miraban serranías de formas regulares, geométricas, como fabricadas por manos de titanes niños para subir cómodamente á la altura; y entonces les encantaban á los viajeros las cañadas sombrías, llenas de verdura, apretadas de matorrales que semejaban las vedijas de una cabeza monstruosa de etíope. Pero dejaban atrás aquel oasis distante y volvían el polvo y el calor y se disipaba aquella repentina visión de alegría y de frescura, como si sólo hubiera estado atravesada al paso para aguijar los deseos de los cuitados expedicionarios.

Hicieron noche ese día en la Punta de la Laguna, donde hallaron algo que les consoló: un pantano que denunciaba la presencia del agua, un pantano en que crecían grandes flores blancas y azules en medio de la grama tupidísima y saturada de humedad.

— ¡Dios mío! exclamó Guillermo, ¡qué gran cosa el poder reposar aquí, cerca de este charquito que me recuerda los de mi encantadora México! No hay nada como el agua, aunque sea traidora como ésta; prefiero la malaria, la fiebre más cruel y devoradora, á la insolación, á la muerte por agotamiento y por fuego interno... ¡Bendito sea el pantano! parece una pupila misteriosa en medio de la llanura solitaria y tristona... ¡Bendito sea el pantano!...

Por eso Guillermo se levantó de buen talante al día siguiente, dispuesto á seguir el camino y seguro de que iba á tropezar con terrenos regados por linfas claras que se escapaban de riscos limpidísimos, como si fueran las lágrimas que lloraran las montañas distantes. Pero apenas habían caminado un poco cuando la sequía se mostró más cruel y despiadada que en todas las jornadas anteriores. Parecía llover fuego del cielo, y la prueba de que el calor resultaba insoportable fué que el propio Contreras Elizalde se quitó los guantes, se desabotonó el Norfolk y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo de seda.

Como recuerdo de la humedad que les había sonreído la tarde anterior, se hallaron cierta forma especial de vegetación que un tanto les alegró la vista: vieron distribuidos aquí y allá unos enormes quiotes que afectaban las formas más raras y extravagantes que hubieran podido imaginar: eran figuras de indios revestidos de capas de palma y llevando sobre la cabeza de pelos blancos é hirsutos, enormes chimallis que se veían desde larga distancia; eran aves zancudas que con el pico caído y la cabeza en actitud filosófica parecían reflexionar en cosas distantes y extrañas; eran caballos alados que hacían corvetas con la cabeza metida entre las patas larguiruchas y á manera de huso; eran, en fin, canéforas que ofrecían las flores de un cesto vacío.

A veces, en los repliegues del terreno, nacían también enormes lechuguillas que daban un género de vástagos ondulados que parecían ya culebras erguidas, ya cabelle- ras grises enterradas por los salvajes y que, encanecidas de repente, se hubieran quedado erizadas y mostrando al aire las culebras de la cabeza de una Medusa escondida bajo la tierra. Las lechuguillas aquellas concluían en unas gigantescas é ingenuas flores amarillas que daban idea de enormes piezas de oro de á veinte duros, que llevarán volando el lema atrevido de su águila real.

De la Laguna llegaron al Ojo del Gallego, uno de los puntos más desolados y tristes que existían bajo las estrellas, y como á los guías se les olvidó prevenir á la gente de que debían proveerse de agua, hubo que caminar sufriendo el terrible tormento de la sed, que empezó á atennacear á los pobres soldados apenas habían pasado las primeras horas de la mañana. A eso de las once la opresión se hizo tan grande que era imposible caminar; ya no había lechuguillas, ya no había viznagas, ya no había siquiera gobernadora; todo el terreno estaba ocupado por un género horrible de vegetación, una planta parásita que se arrastraba cautelosa, desconfiada, como si fuera un ladrón que se metiera poco á poco á sorprender á quien dormía descuidado.

— La cenicienta, dijo uno de los guías, la cenicienta que anuncia que el agua anda muy lejos; resiste más que

la misma gobernadora y le sirve de alimento al ganado cuando no hay otra cosa que darle.

— Señor, le comunicó á Juárez el jefe de la escolta, no tiene usted más novedad que se nos han quedado muertos dos soldados; no aguantan este calor...

En ese momento salió Juárez del carruaje acompañado de Lerdo y de Iglesias, que iban juntos con él constantemente. Se dirigió á un muchachillo, casi un niño, que acababa de dejarse caer pesadamente cerca de una zanja del camino, con el fusil todavía abrazado y la mirada vaga en los aires, como si estuviera esperando algo que tenía que venir de lo alto.

— Amigo, dijo el Presidente enternecido, ¿qué es eso? Levántese, que ya nos falta poco para rendir la jornada... ¡Arriba, que no hay tiempo que perder!... A la una...

Pero el caído no respondía ni meneaba siquiera la cabeza. Veía, veía fijamente á Juárez, y sonriéndose dejaba que le siguiera asaeteando aquel sol capaz de fundir el hierro.

Como pudo alzó don Benito al caído y le hizo caminar unos cuantos pasos, casi inconsciente, sin que el pobre se diera cuenta de lo que hacían con él. Le metió al coche en que iban los ministros y en seguida trató de refrescarle el gáznate dándole sorbitos de alcohol para que se reanimase.

Luego fué á buscar á otro que yacía boca abajo, pá-

lido, inerte, casi sin respiración y con todas las señales de muerte próxima; también le introdujo en el carruaje y le auxilió, consiguiendo que en poco rato volviera á la vida.

Los soldados que se encontraban válidos y capaces de cargar el chopo se entusiasmaron al ver el rasgo de Juárez, que hacía aquello sin afectación, sin deseo de quedar bien, sino sólo con el propósito de auxiliar á un semejante moribundo y que era capaz de tener vida por algún tiempo.

— ¡Viva el señor Presidente! empezaron á gritar los soldados; ¡viva el señor don Benito! decían á voces los que por primera vez veían que un grande de la tierra tomase parte en sus desgracias y se doliese de lo que les pasaba.

Pero cuando el entusiasmo se convirtió en frenesí fué cuando vieron que Juárez alzaba á un viejecillo de barba blanca, que estaba caído cara al suelo, con la nariz afilada, los ojos vueltos en blanco, las manos extendidas, rota la pechera de la camisa de manta, en que se veían el nombre, el grado, la compañía en que estaba afiliado, el arma en que servía y todo cuanto se podía apetecer para identificar al sujeto.

— ¿Qué sucede, mi viejo? preguntó con interés Guillermo al ver aquella fisonomía sincera y noble que mostraba á la luz de aquel sol de justicia hasta los cartílagos y las venas que le surcaban el rostro.

— ¡Arriba! dijo don Benito... Y como no hubiera quien le ayudara, porque los otros caminantes andaban tras de los demás accidentados, Juárez cargó al pobre enfermo y le llevó hasta una tienda de campaña provisional que acababan de levantar los oficiales.

— ¡Viva, viva el señor Juárez! decían los pobres soldados con las lágrimas en los ojos... ¡Que viva el señor Presidente!

— Debo advertirle á usted, señor, dijo el coronel Yépez, acercándose con todo respeto al Presidente, que vamos muy retardados y que no va á ser posible llegar á donde encontremos agua; y luego, con la gente que llevamos, la cosa se pone peor...

— Pues á darnos prisa, coronel, dijo don Benito sudando el quilo, pero sin dar á conocer fatiga ninguna. Y empuñando un fusil de los que habían dejado caídos los enfermos y los insolados, dió en voz alta la orden:

— ¡En marcha, y mucho cuidado con los enfermos!

De Lagartijas al Carrizal caminaron de noche, pues el agua seguía muy distante y era casi segura otra catástrofe como la de la jornada anterior. A la claridad dudosa de los astros, que en aquellas soledades proyectaban su luz con más fulgor que en los terrenos agrestes de las montañas, en medio de los cantos de muchísimos reptiles que parecían preguntarse y responderse los secretos de la noche y los misterios del desierto inmenso y todavía no

explorado, los pobres perseguidos hicieron la jornada más triste y dolorosa de aquellos días.

— Estos grillos, dijo Prieto con convicción y luego que les hubo escuchado un buen espacio, parecen decirse unos á otros: «¿Veis esos fantasmas que parecen cosa del otro mundo? Son gentes que jamás hemos visto y que quizás no volvamos á ver. No son los indios que pasan incendiando los matorrales y haciendo crujir con los cascos de sus cabállos toda la tierra cercana; tampoco son los arrieros que conducen sus carros, llenos de temores á las jaras de los bárbaros que les esperan al pie del recuesto de alguna loma ó agazapados en el hueco de alguna barranca. Mas, creédmelo; de la llegada de tales locos ó santos ó paladines depende la transformación de estos desiertos en lugares que busque todo el mundo. Estos traen la buena nueva á una tierra necesitada de oirla.»

Brambila, que no era poeta, no estuvo conforme con lo que su maestro oía y creía interpretar en los ruidos de la noche, pues no hallaba cómo ni por qué tuvieran los grillos y demás sabandijas noción de lo que eran santidad, caballerosidad, paladinismo y demás cosas que se figuraba escuchar el otro, y estaba seguro — podría apostar la cabeza por ello — á que aunque se hiciera el mundo de nuevo, aquellos terrenos no podrían entrar jamás al comercio humano.

En Samalayuca, donde llegaron con doscientos mil trabajos, al amanecer de la octava jornada de camino, se detuvieron un día, y el siguiente á buena hora llegaron á Paso del Norte, fin de su penosa peregrinación.

Eran las cinco de la tarde del día quince de Agosto del sesenta y cinco, cuando Juárez y su cuitado, aunque no abatido, acompañamiento llegaban al puente de los Indios ó Loma de la Cruz, siendo recibidos en triunfo por los vecinos de la pobrecilla población fronteriza, desamparada y sola en medio de aquellos remotos arenales. Pero ni por un momento se enfriaba el entusiasmo de los expedicionarios, que podían decir por boca de uno de los más ilustres de entre ellos y cronista oficial de la expedición: «Escribimos la presente á 500 leguas de la antigua capital de la República; rodeados del desierto por todas partes; á orillas del río que, en el espacio de centenares de leguas, regaba por ambas márgenes, no ha veinte años todavía, territorio siempre mexicano. La escribimos errantes, casi proscriptos, entre peligros y calamidades. Y la escribimos, sin embargo, con pulso sereno y conciencia tranquila, porque no hemos perdido la fe en la causa que sostenemos, y porque aun cuando se tratara de una causa desesperada, sería siempre el orgullo de los días que nos quedasen de vida, haberla defendido en los momentos supremos de su infortunio y de su extinción. ¡Dios la proteja! ¡Dios la salve!»